



LOS PAJARITOS

(Conclusion)

Cuando el nido estuvo terminado, Brillante fué á verlo, y lo encontró muy bonito y bien acondicionado, deshaciéndose en elogios de la habilidad de su compañera para hacer nidos; elogios que Violeta oyó con modestia suma, bien que le halagaban grandemente por ser de quien eran.

Pronto depositó en aquel maravilloso nido tres pequeños huevecillos de un verde pálido con manchitas rojas y blancas, y allí se estuvo quietecita en el nido dias y noches, esperando el nacimiento de sus pequeñuelos. Y en tanto, Brillante estaba en la rama de un árbol próximo, cantando lo mejor que sabia para distraer á su amada compañera. Y ésta y él estaban ojo avizor para bajar á coger los granitos que

les repartian los bondadosos dueños de la casa.

Al fin, un dia Violeta amaneció muy alegre; uno de los huevecillos se habia abierto, y ya asomaba por la abertura una cabecita que parecia querer salir de la cáscara; los otros dos huevos no tardaron en abrirse tambien, y asomaron otras cabecitas como la primera, y detras de las cabecitas unos pajarillos inverisímiles, que en lugar de pluma, tenian unos pelitos muy claritos sobre un cuerpecillo arrugado y feo, y unos picos amarillos, de los que salia una voz aguda, y poco agradable á la verdad. Pero, ¡qué feos eran!... y sin embargo, á los ojos de sus padres, no los habia más hermosos en el mundo.

Pronto empezaron á cubrirse de pluma; sus cuerpecillos cobraron forma, fuerza, energía, y ya no pasaban dormidos la mayor parte del día, sino que empezaban á hacer pinitos, y se asomaban, los atreviduelos, al borde del nido, para enterarse del sitio y de todo lo que por allí había, y unos con otros hablaban de las cosas maravillosas que verían cuando pudieran salir del nido, y volar como los demás pájaros que á cada momento veían cruzar por el aire.

Un día tuvieron un gran susto; un ser, completamente desconocido para ellos y que les parecía un espantable monstruo, bien que no era ni más ni menos que un hombre, apoyó una escalera en el árbol; aquel extranjero traía á la espalda una red muy grande, y con ella cubrió completamente el árbol.

—¡Ay, Dios mío! exclamó uno de los pajarillos.

—Nos ha encerrado, observó otro.

—Ya no podremos salir de aquí nunca, y nuestra madre no podrá entrar.

—Aquí nos vamos á morir de hambre.

Los inocentes no sabían que aquel hombre no los quería mal, sino todo lo contrario; cubriendo el árbol para resguardar el fruto de los pájaros ladrones y golosos, había cuidado de que en la red quedara un agujero que permitiera á los padres de los pajarillos entrar y salir libremente para cuidar en el nido á su estimable familia.

Ellos no comprendían esto, y cada vez estaban más aterrados detrás de aquella red que les incomunicaba con el mundo.

De pronto vieron á su madre venir volando hácia el árbol. Violeta se detuvo en la red un momento, miró á un lado y á otro, y viendo el agujero, en-

tró por él como una flecha, y se dirigió al nido á distribuir la comida á sus hijuelos. Y después les tranquilizó haciéndoles comprender que aquella red nada de terrible tenía para ellos, y era, por el contrario, muy favorable á su seguridad. Ella, por su parte, temía no tener siempre el tino de hallar la abertura practicada en la red, y por consecuencia enredarse en ésta; pero no se asustó, nada de eso. Lo que hizo fué poner gran atención y estudiar bien la manera de entrar y salir, cosa que, con la costumbre, llegó á ser para ella la más fácil del mundo.

Cuando Brillante vino á ver á sus hijos, habían Vds. de haberle visto aturdido y sin saber qué hacer delante de la red; á pesar de que él decía que era un valiente, les digo á Vds., en verdad, que estaba muerto de miedo ante aquel obstáculo. Volaba de un lado á otro, piaba, y manifestaba de todas maneras su turbación. Fué preciso que Violeta saliera á enseñarle dónde estaba la entrada, y aún así le costó mucho trabajo entrar sin enredarse en el tejido.

Para salir fueron más grandes sus apuros. Brillante no supo hallar solito el camino, y después de algunas infructuosas tentativas se aturdió y cayó en la red, y allí hubiera perecido en los hilos de la red si los dueños de la casa, testigos de su caída, no hubiesen llegado á socorrerle. Libró del peligro, perdiendo algunas plumas, pero en todo el día no se atrevió á volver al nido, dejando á Violeta el cuidado de sus hijuelos. Ya sabía el cobardón que Violeta cuidaría bien de los pequeños.

El día siguiente ya estaba algo más animado, y conducido por Violeta en-

tró y salió varias veces por la red, y aprendió el camino.

Violeta manifestó á su compañero que los pequeñuelos habian crecido ya mucho, y que ella sola no podia darles todo el sustento necesario. Brillante convino con su esposa en que era preciso que los hijuelos empezaran á volar y á hacer pinitos, y á procurarse el alimento.

—Pues hoy, dijo Violeta, los echaremos á volar; pero esperaremos que sea medio dia, porque el frio de la mañana les podrá hacer daño.

Llegó el medio dia; la temperatura era deliciosa, y no podia haberse elegido mejor momento para que los pajarillos salieran del nido, y bajasen á un cuadro de fresco y blando musgo donde sus padres les esperarían.

Fué aquella una escena conmovedora, de la que podrán formarse idea mis lectores recordando los primeros pasos de sus hermanitos pequeños, si por fortuna los tienen.

El mayor se atrevió el primero; no tenia, por cierto el defecto de la pereza; se puso en el borde del nido, desplegó las alitas, tomó vuelo, y ¡paf! cayó en la red; pero en seguida voló á una ramita, y guiado por su madre, llegó sin más novedad á donde estaba su padre esperándole.

El segundo se resistió un poco á salir del nido, cosa natural, porque los pajarillos aman el nido como los niños la cuna. Sin embargo, su madre le llamaba y no tuvo más remedio que bajar, y saltando de rama en rama llegó á la abertura de la red, y desde allí, por un esfuerzo desesperado, se dejó caer sobre un ramo de rosas, y tanto se asustó, que sus padres tuvieron mucho que hacer para decidirle á abrir las

alas otra vez y volar á donde estaba su hermano mayor.

No quedaba ya más que un pajarito en el nido. Cuando se vió solo, se puso muy triste, y quiso seguir á sus hermanos. Saltó fuera del nido, se colocó en una ramita, desde donde podia descubrir todo el jardin, y ¡qué alegría le dió ver las flores, los árboles y la alfombra de musgo que se extendia á sus piés, y sobre su cabeza el cielo azul, tan diáfano, tan hermoso! Esta contemplacion acabó por producirle un vértigo, y quiso volver al nido, comprendiendo que no debia haberse atrevido á salir sin permiso de sus padres.

Pero aunque estaba tan cerca el nido, le fué imposible hallarlo. Aturdido, revoloteaba sin acertar á volver al nido, y al fin, cansado, rendido, cayó en la red. Felizmente, estaban allí los dueños de la casa, que todo lo habian presenciado, para salvarle del peligro y llevarle á donde estaban sus hermanos.

Los pajarillos crecieron así bajo la vigilancia de sus padres, y hoy da gusto verlos tan graciosos, tan ligeros, tan dóciles, tan buenos hijos, y pronto serán tan buenos padres como lo han sido para ellos Brillante y Violeta.

Y ahora que ha terminado la sencilla historia del nido, veamos qué enseñanza se desprende de ella.

—¡Enseñanza! exclamará algún lector poco prudente; ¿qué enseñanza pueden darnos los pajarillos en el nido?... ¿No sabemos nosotros más que ellos?

—Amiguitos míos, no negaré que vosotros sabeis leer, escribir y trabajar, y reir, hablar y jugar; los pajarillos no saben nada de eso; pero no por eso es ménos cierto que de su historia

puede sacarse provechosa enseñanza, á poco que os tomeis la molestia de pensar.

En primer lugar, nos enseñan los pajarillos que ha de hacerse á su tiempo cada cosa. ¿Habeis visto alguna vez en invierno un nido de pájaros? No, porque ellos saben que lo deben hacer en estío, y no piensan hacerlo en ninguna otra época.

Los pajarillos nos enseñan á tener virtud y actividad. ¿Quién ha visto jamas un nido sucio y mal arreglado? Contemplad el trabajo que hacen esos débiles seres para construir sus nidos. En primer lugar, buscan un sitio seguro, luego comienzan la construcción, dando al nido una base sólida, y no cesan de trabajar hasta haber hecho la obra maestra que os he descrito más arriba, una habitacion tan cómoda, tan limpia, tan bien dispuesta, que casi debemos tener envidia á los pájaros que en ella nacen y crecen. En esa obra emplean todo el tiempo necesario, y no quedan contentos hasta que ha llegado á ser perfecta, irreprochable. ¡Qué bueno sería que nosotros mismos no quedásemos satisfechos de nuestras obras hasta hacerlas completamente perfectas!...

Tambien nos dan los pajarillos lecciones de paciencia y de alegría. En estío, naturalmente, son dichosos; es muy agradable oírlos todo el dia cantar; pero aun en invierno, nunca se los ve enojados ni descontentos, aunque tengan hambre y frio. ¿No los habeis visto muchas veces saltando sobre la nieve? ¿No los habeis oido piar dulcemente en medio de los arbustos desnudos?... En fin, ¡qué cariño tan gran-

de tienen los pájaros á sus hijuelos!... En la estacion de los nidos, podeis ver el penoso trabajo de la madre y del padre para satisfacer á todos aquellos picos hambrientos que no cesan de pedir alimento. ¡Con qué afan atienden á su subsistencia, y con qué trabajo, con cuánta paciencia y alegría les enseñan luego á volar y á buscar el sustento!

Hé aquí lo que se aprende estudiando las costumbres de los pájaros. Aprendan tambien los niños á amarlos y á ser buenos para ellos; socórranlos, dándoles miguitas de pan en la mala estacion; guárdense de cogerles los nidos, ó de tocar á los huevecillos, y de acercarse al nido cuando esté en él la madre, porque podrian asustarla y hacerle abandonar su casa y su familia.

Yo creo que ninguno de mis lectores habrá cogido nidos de pájaros; pero si alguno lo ha hecho, le suplico que no lo vuelva á hacer. No les está prohibido á los niños procurar descubrir los nidos; pero deben contentarse con mirarlos y observarlos desde cierta distancia. El placer que experimentarán viendo á los pajarillos crecer, y oyéndolos luego cantar volando de árbol en árbol, les hará abominar á los que destruyen los nidos, privando así al campo y á los jardines del más gracioso adorno. Los bosques y los campos serian muy tristes si en ellos no se oyeran esas voces alegres que á la salida del sol empiezan á cantar en honor del Creador del mundo.

Los árboles, las flores, el verde musgo, los arroyos, las mariposas, la naturaleza entera muestran la grandeza de Dios; pero los pajaritos gozan el privilegio de cantar sus alabanzas.



TIPOS DEL PUEBLO ESPAÑOL



El pescador de sardinas en Cataluña.

GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

SEGUNDA PARTE

(Conclusion)

XXXII

LOS RESULTADOS DE LA CÁTEDRA

Imposible fué, queridísimos lectores, poder manifestaros en mi último artículo el fruto que dieron las explicaciones de mi amiguito Carlos, ya que yo necesitaba saber de éste lo que ocurrió en los exámenes, y que de él sólo podía obtener noticias completamente verídicas, absolutamente imparciales. Los pequeños geómetras iban muy animados á sus exámenes: ya os he dicho que no temian ese acto que tanto respeto infunde á los estudiantes. Los profesores de los niños, que tenian exacto conocimiento de cuanto habia ocurrido en la cátedra de Carlitos, quisieron premiar de algun modo los méritos de mi amigo, y el premio, que más debia ser moral que material, fué sin duda digno de las no comunes condiciones de mi querido Carlitos, el profesor infantil.

Llegó el dia en que debia celebrarse la solemnidad, y casi inútil será decir que los salones del colegio estaban completamente llenos de numeroso público, entre el cual no faltaba ninguna de las familias de los pequeños geómetras. El acto debia comenzar; sólo faltaban algunos minutos, y Estéban, Luis, Gonzalo, todos, en fin, esperaban satisfechos el momento;

momento que para ellos se hacia tarde, ante la seguridad de sus conocimientos.

Empezaron los ejercicios, y la geometría no ocupó el primer lugar; pero aunque así fué, no por eso los niños dejaron mal plantado su pabellon. Como al fin habia de llegar su turno á la ciencia que habeis visto explanada en los anteriores artículos de este trabajo, quiso la suerte que la tercera asignatura de que los niños se examinaran fuese la geometría, naciendo la alegría en los corazones de todos ante la esperanza de un feliz resultado.

Antes de empezar, sin embargo, fué llamado mi queridísimo amigo, y cuando estuvo ante los profesores, cuando todos en él tenian fijas sus miradas, el director del colegio levantóse y dirigió la palabra al numeroso público.

¿Qué dijo?

Vosotros lo adivináis, tal vez, sin que yo lo manifieste.

Quisiera poder exponeros sus palabras, porque seguramente serian dignas de ocupar nuestra atencion; pero no las oí, y sí sólo puedo haceros de ellas un extracto.

El director del colegio explicó ante el auditorio cuanto habia ocurrido en el jardin de Rafael, y como muestra de sus palabras presentó una magnífica coleccion de cuerpos geométricos y de figuras planas.

Adivinareis de dónde procedía esta colección; se había formado con los más perfectos poliedros construidos por los niños, vuestros amiguitos.

Referido que fué el suceso, cuando ya parecía que sólo faltaba llamar á los geómetras para que pública manifestacion hiciesen de sus conocimientos geométricos, Cárlos se vió sorprendido por un incidente que jamás pudo imaginarse. El director del colegio salió de su puesto, abandonó su sitio, y llegando hasta donde mi amiguito se encontraba, dióle un estrecho abrazo, como si con él quisiera expresar la satisfaccion inmensa que experimentaba.

Pero no fué esto todo; era necesario premiar el mérito de Carlitos, y el premio había de ser digno de la accion que debía ser recompensada.

Y efectivamente lo fué: Cárlos ocupó su puesto entre los profesores; siendo allí llevado por su querido director. De este modo vióse de pronto considerado como profesor, igualado, él, discípulo, á sus mismos catedráticos, que si grande era el premio y grande la consideracion que se le tributaba, no era pequeño su mérito, ni escaso de importancia lo que había llevado á cabo.

Mi amigo queridísimo no sabía lo que le ocurría; sentíase turbado, con esa turbacion que embarga el alma, pero que deja en ella un vivo sentimiento de alegría; y gozaba, en medio de su estupor, con la inmensa satisfaccion que siente el que ve coronada su obra por un éxito tan completo, tan inesperado como el que había conseguido Carlitos, el singular profesor.

Dichosos mil veces vosotros, mis queridos lectores, si á Cárlos igualais en saber y merecimientos; dichosos si cual él viérais en vosotros fijar las mi-

radas de todos, siendo objeto de la mayor admiracion.

Admiracion grandísima, sí; porque todos los que á presenciar los exámenes habían acudido, comprendían en mi amigo algo grande, algo digno de los mayores elogios, de la más completa admiracion.

No había madre que no envidiase para su hijo el lugar de Carlitos; no había padre que no igualase á las madres en el mismo deseo; no había, en fin, niño alguno que no se alegrase del triunfo de su compañero, que no hiciese en su ánimo votos segurísimos de hacer cuanto en su poder estuviera para igualar al que de aquel modo había sobrepujado las esperanzas de todos.

Cárlos era, pues, en aquel momento el que aparecía entre todos en primer lugar; gozando todos en su triunfo, ya que sólo el gozo podía sentirse ante él.

Empezaron los exámenes de geometría, y no tengo para qué expresar cuál fué su resultado: los alumnos de Carlitos sobresalieron sobre todos los otros niños que no habían asistido á la cátedra que por tantas tardes había explicado mi amigo queridísimo en el precioso cenador del jardín de Rafael. Todos obtuvieron un premio, y vieron así pagada su singular aplicacion.

He dicho todos: sí, Cárlos obtuvo el primero en una magnífica corona, que fué colocada sobre sus sienes.

Ya veis, niños queridos, cómo nunca la aplicacion deja de tener la merecida recompensa; ya veis cómo nunca será la ociosidad tan grata como pudo ser, y fué seguramente para Cárlos su merecido triunfo.

De aquí podeis deducir una consecuencia: que debeis estudiar, que al

estudio os debeis, para que mañana podais, como mi amiguito el profesor, obtener un parecido éxito en vuestros trabajos.

¡Ojalá, apreciables lectorcitos, sigais todos la senda del trabajo; que, si asperezas muestra al que por ella camina, conduce siempre al templo de la gloria!

Pero me distraigo, sin considerar que tal vez aguardais el fin de estos renglones, que será también el de este tratadito.

Voy á terminar este trabajo que para vosotros se ha ido línea tras línea formando; voy á separarme de vosotros, á quienes por tanto tiempo he estado unido.

Pero aún espero volver á escribir algunos artículos en esta excelente Revista de educacion, contando con la benevolencia de su ilustrado Director y con la vuestra.

¿Y quién sabe si algun dia podrá Carlitos dar sobre otra ciencia lecciones tan amenas como las que dedicó á la geometría?

Si así fuera, seguro estoy de que mi amigo queridísimo hará en vuestro obsequio una repetición de sus explicaciones al autor de estos incompletos é imperfectos renglones.

Termino, pues; y si mi trabajo puede merecer la benevolencia que dispense sus faltas y absuelva sus defectos, quedará completamente satisfecho y agradecido á sus estimadísimos lectores,

E. THULLIER.

Puerto de Santa María, Junio, 27, 1872.

Al terminar la publicación de este excelente trabajo, cumplo el grato deber de manifestar al ilustrado señor D. Eduardo Thuillier lo mucho que agradezco su importante y desinteresada colaboración.

Estoy seguro de que los lectores de LOS NIÑOS desean, como yo, que el señor Thuillier continúe favoreciendo y honrando á esta Revista con sus escritos, que son de notoria utilidad.

C. FRONTERA.





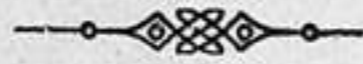
SANTAS JUSTA Y RUFINA

Celébrase la fiesta de estas santas el 19 de Julio; eran hermanas, naturales de la ciudad de Sevilla, y se mantenian de vender vasijas de barro, dedicando á limosnas lo que les sobraba, despues de emplear lo ménos posible en alimentarse. Una vez, las principales damas de la ciudad salieron llevando en andas el ídolo Salombon, y solicitando dinero para hacer fiesta al citado ídolo; llegaron al puesto de Justa y Rufina, y estas les dijeron que ellas no podian contribuir para el culto de falsas é indignas deidades. Irritáronse las damas, y les rompieron las

vasijas de barro, y á esta provocacion contestaron las santas rompiendo el ídolo.

Noticioso del hecho el gobernador Diogeniano, mandó que les rasgasen las carnes con garfios de hierro, y no pudiendo vencer la fe cristiana de las hermanas, las hizo encerrar en un calabozo, de donde fueron sacadas á pocos dias, y las llevaron descalzas por lo más fragoso de los montes Marianos (hoy Sierra Morena). Volviéronlas á la cárcel, y en ella murió Justa, y á su hermana Rufina diéronle muerte los sayones del gobernador.

FRAGMENTOS MORALES



X.

Es la vida un capital
con que al nacer nos hallamos
y sin excepcion gastamos
unos bien, los otros mal.
Malgastarlo es criminal,
economizarlo es vano ;
cada minuto es un grano
de nuestro vital tesoro
que excede en valor al oro
y alegre pierde el cristiano.

XI.

El mayor de los bienes es la ciencia.
el mayor de los males la ignorancia.
El filósofo Sócrates lo dijo :
nunca olvideis la máxima.

XII.

¿Dónde podrá el despiadado
sus pasos encaminar?
¿Dónde encontrará la calma
que busca en doliente afan?
El que cerrando su pecho
á la hermosa caridad
no alberga en él los pesares
que pudiera remediar ;
el que , sordo á los lamentos ,
se goza en ellos quizá ,
y ve llorar y sus ojos
siguen secos sin llorar ,
en vano será que cruce]
por la mansion terrenal,
buscando alivio á sus penas
y consuelos á su afan ;
cerradas todas las puertas
ante su paso hallará,
y cuando deje la vida
no podrá el triste alcanzar
ni lágrimas ni oraciones
que á Dios imploren piedad.

XIII.

Huye siempre del abismo
de que va tu orgullo en pos :
el olvido de tu Dios ,
la adoracion de tí mismo.
Si á él te arrastra el egoismo ,
ponle sin disculpa freno ,
que el amor propio es veneno
que la inocencia marchita ,
el alma del malo agita
y gasta el alma del bueno.

XIV.

Los bienes más efectivos
son, niños , los del talento ,
porque se dan sin perderse
y se aumentan dividiéndolos

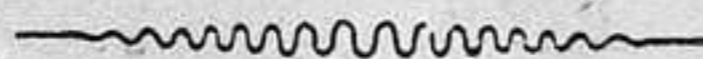
XV.

Ríndase en la niñez justo tributo
al estudio y la ciencia,
y el hombre cogerá copioso fruto
cuando medie su frágil existencia.
Igual pasa en los huertos y en los prados;
cuando en la primavera no se labran
no da el otoño frutos sazonados.

XVI.

La felicidad ajena
abulta la envidia insana ,
pero no hay dicha en el mundo
que deba ser envidiada.
Los que parecen felices
mirados á gran distancia ,
suelen ser más desgraciados
que quien llora sus desgracias.
¿Qué importa que gasten oro?
¿Qué importa que luzcan galas?
Más grandes que las riquezas
son las miserias del alma.

M. OSSORIO Y BERNARD.



LA HISTORIA DE ESPAÑA

V

LOS FENICIOS, LOS RODIOS Y LOS FOCEOS

Mientras ocupaban la España los pueblos primitivos de que hemos hablado en los capítulos anteriores (1), prosperaban en la Grecia asiática otros pueblos más cultos, más atrevidos, emprendedores y navegantes. Los bajeles iban repartiendo toda clase de productos por las islas y playas vecinas al Mediterráneo, en Egipto, en el Asia Menor y en la Europa oriental, llegando en una de estas navegaciones á España, cuyo excelente clima y simplicidad de sus rústicos moradores les agradó sobremanera.

Entre estos pueblos, fueron los fenicios los primeros que desembarcaron en las costas de Andalucía, y creyeron que los cabos y promontorios que rodean la Península y el Estrecho de Gibraltar, eran los últimos confines de la tierra.

Como buenos comerciantes, no querían hacer á nadie guerra, y se presentaban con el olivo de la paz en una mano, y en la otra las diversas muestras de sus mercaderías. Tomaban de los españoles, que bien podemos decir que entonces eran muy bárbaros, cuanto convenia á sus negocios, y ellos dejaban en cambio telas, vestidos y adornos para mujeres, poco más ó menos como sucede ahora, que los extranje-

(1) Páginas 44, 92, 157 y 201 del tomo quinto de Los Niños.

ros traen las modas y los objetos de lujo, y se llevan nuestro oro.

Tan inteligentes navegantes no perdían ocasión de establecerse en las costas de la antigua España, y fundaron desde luego Carteya, hoy Cartagena, despues Málaga y Abdera, y por fin, Gades ó Cádiz. Como buenos traficantes, contaban mil peregrinas historias de su país y de sus falsos dioses, y entonces creyeron los españoles en la venida á España del dios Baco con su compañero el dios Pan, en las grandes hazañas de Hércules, en los reinados de Hispano, Hespero y Atlante, con mil patrañas que hasta muchos historiadores serios han sentado en las páginas de sus libros y tratados. A ellos les convenia asombrar con sus relaciones á los ibéricos, que, llenos de supersticiones, les miraban como otros hombres y toleraban que se llevasen todo lo mejor de su patria.

Pero despues de la fundacion de Cádiz, como asegura un historiador, y al paso que iba medrando su empeño, los fenicios, ya por ardid, ya á viva fuerza, trataron de ir apoderándose de toda la costa. Al efecto, fueron ganando terreno y formalizando alianzas con los antiguos habitantes del país, en tanto grado, que en poco tiempo se multiplicaron sus colonias, y los almacenes, los mercados y las ciudades se establecian en todas partes. Málaga, Córdoba y Sevilla prosperaron mu-

cho, no ménos que diversos pueblecillos establecidos en las costas del mar y en las riberas de los rios. Cádiz, su colonia más rica y floreciente, venia á ser su capital, aunque no el solio de un gobierno central, porque no ejercia prepotencia alguna sobre los demas establecimientos marítimos, y el único vínculo que los confederaba á todos consistia en el comun origen é igualdad de intereses.

No se crea, sin embargo, que los fenicios se contentasen con irse derramando por las riberas de España: pasaron más allá, penetraron en el Océano, y visitaron todas las costas de la parte occidental de la Península, y áun se cree que algunas regiones septentrionales de Europa. Su civilizacion era, indudablemente, más adelantada que la de todas las naciones hispánicas con quienes traficaban, y de ellos aprendieron á escribir los turdetanos.

Miéntas que tan industriosos pueblos se iban extendiendo y contribuian á la prosperidad del país, llegabantambien otras colonias procedentes de la Grecia asiática, los rodios, los focéos, los samios y zacintios.

Los rodios se establecieron en las costas de Cataluña, fundando á Rosas, unos nueve siglos ántes de Jesucristo, y los focéos, que ya habían fundado la ciudad y puerto de Marsella, se establecieron junto á Rosas, en un sitio

que se ha llamado Ampurias, de su antiguo nombre Emporio ó mercado.

Pero aquí sucedió una cosa curiosa, que demuestra el carácter de los pueblos aborígenas, de quienes descenden los catalanes. — Los indijetas, que ya habían visto con recelo establecerse una colonia de navegantes extranjeros en Rosas, se airaron con la nueva invasion de los focéos, y los rechazaron con energía. Eran los indijetas un pueblo feroz, dice el antiguo poeta Avieno, que sólo se mantenía de la caza, y vivía en cavernas. La guerra se hizo tan sangrienta, que sólo pudo concluirse por medio de un tratado entre ambos pueblos. Los indijetas cedieron á los griegos una parte de su ciudad, con la precisa condicion de que mediaría una valla de incomunicacion entre nacionales y advenedizos. Así vivieron muchos años, muchos siglos, segun se asegura, conservando cada uno sus propias leyes y su completa independenciam. No fué este el único ejemplo que nos ofrece la antigüedad de ciudades formadas así por dos elementos extraños y hasta enemigos. — ¡Bien diferente conducta de la que se observa en la España moderna, que áun siendo todos de la misma raza y hermanos, no una sola ciudad, la nacion entera, no puede vivir en paz, ni sin variar muy á menudo las leyes y los gobiernos!

FLORENCIO JANER.





JOSÉ DE RIBERA, EL SPAGNOLETO

José de Ribera nació el año de 1589, en Játiva, en el reino de Valencia, de ilustre familia, oriunda de Murcia; sus dos hermanos mayores siguieron la carrera de las armas, y él, por ser de complexion ménos robusta, empezó la eclesiástica, haciendo los primeros estudios en la universidad de Valencia: allí encontró entre sus condiscípulos á un hijo del pintor Ribalta, quien tuvo ocasion de apreciar las felices disposiciones y talento que mostraba para la pintura, desde que Ribera empezó á ir á su taller; y en poco tiempo hizo progresos tan rápidos, que sus padres consintieron que abandonase la carrera de las letras, para que se dedicase exclusivamente á un arte para el que mostraba tan brillantes disposicio-

nes, y se decidieron á dejarle pasar á Italia, á fin de que estudiara las obras de los antiguos, aprovechando la oportunidad de estar allí su hermano mayor, que mandaba una compañía de españoles. Pero bien pronto los sucesos de la guerra obligaron á separarse á los dos hermanos, quedando José Ribera solo, sin recursos y en país extraño, y cuya lengua no sabia; entonces se determinó á ir á Roma, donde pasaba los dias estudiando las pinturas y las estatuas, especialmente en la Academia romana, señalándose tanto que, viéndole tan muchacho, le llamaban *Il Spagnoletto*, de donde le quedó este nombre; y sufría tanta miseria, que á fuerza de su industria y con el auxilio de los dibujantes de la Aca-

demia, se mantenía, durmiendo por las noches sobre el suelo ó al abrigo de algun pórtico, sin buscar ni tener más proteccion.

Un dia que dibujaba de las pinturas de Polidoro y de Caravagio, que adornaban una de las calles de Roma, le vió un señor cardenal que casualmente pasaba en su carroza por allí, se puso á observarle, notando su buena manera de dibujar, y los andrajos que tenia que apénas le cubrian las carnes; le llamó y le preguntó acerca de su posicion, ideas y medios de subsistencia: Ribera le contó la verdad de su historia, la cual le conmovió tanto, que le mandó ir á su palacio, en donde le vistió, alojó y favoreció de modo que los regalos hicieron en él lo que no pudo la necesidad, pues se iba viciando y apartando del fin que le sacó de su casa y de su país. Un dia se puso á meditar en el tiempo que perdía, y se decidió á dejar sus ricos vestidos y buenas comidas, abandonando desde aquel momento el palacio y restituyéndose á su primer modo de vivir y de estudiar; y reconvenido despues por el cardenal, le respondió que la ociosidad le era insoportable, y que él sólo queria estudiar á su manera y con entera libertad: que le agradecia su proteccion y la que de nuevo le ofrecia, pero que no la aceptaba, y le daba las gracias.

Desde entónces se dedicó al estudio de la escuela del Caravagio, y consiguió aquella valiente manera de claro y oscuro, en que iba cada dia adelantando con la rápida imitacion del natural; y viendo que podría tener mayor utilidad en Nápoles, salió de Roma, tan pobre, que la capa hubo de dejarla empeñada en una hostería; y

llegado que fué, se presentó á un pintor de obrador público, el cual le mandó pintar una cabeza original, para reconocer el grado de su habilidad; pero él la hizo tan buena y con tan valiente manejo y franqueza de color, que admirado el artista, le regaló y agasajó, le enseñó toda su casa y bienes, y le dijo:

—Todo lo que has visto, que no es poco, será tuyo, si quieres casarte con mi hija única, para quien es todo cuanto tengo.

Ribera creyó era una fina burla por su pobre vestido y corta habilidad, y aunque algo abochornado, con su altivez española le dió á entender su sentimiento; pero el pintor le repitió de nuevo sus ofertas, y le dijo, que su hija, por sus bellas prendas y dote, tenia muchos pretendientes, y que él á ninguno se la daría de tan buena gana, como á un español de tanta habilidad, porque estimaba más á un pobre aplicado y de talento, que á un rico ignorante y presumido.

Poco tiempo despues quedó Ribera casado y con bienes de fortuna, y continuó su estudio con tal aplicacion, que aventajó á los más afamados de su tiempo; siendo admirado de todos por el asombroso relieve, vigor de claro oscuro y seguro dibujo: adquirió gran fama, que se extendió por todas partes, logrando grandes riquezas; y llegó á tener casa dentro del mismo palacio del virey de Nápoles, en donde vivía con toda su familia; y para mayor honra y estimacion, el Pontífice le hizo merced del hábito de Cristo.

Fué académico romano, lo cual consta, así como su naturaleza, en un cuadro suyo, que representa el evangelis-

ta San Mateo, en que puso un trozo de papel que dice así:

«Jusepe de Ribera, español, de la ciudad de Xátiva, reyno de Valencia, académico romano. Año de 1630.»

Ribera no se deleitaba tanto en pintar asuntos dulces y devotos, como en expresar escenas melancólicas y terribles; así, los mártires los representaba en el momento más atroz de sus tormentos, como lo manifiestan en nuestro Museo el martirio de San Bartolomé y el de San Andres; el tormento de Sísifo, el de Tántalo, el de Ticio, á quien un buitre le saca las entrañas en castigo de su insolente atrevimiento, y todos mayores que el natural, y con una fuerza de color, de vigor, de precision en el dibujo y en los extremos, que son superiores á todo elogio; así como se complacia en copiar puntualmente del natural los cuerpos de los ancianos secos, arrugados y consumidos, con el rostro enjuto y macilento, como lo demuestran los muchos cuadros en que representó á San Jerónimo en el Desierto, cuyos escorzos están tan bien entendidos, que parecen ser el natural mismo.

Tambien pintó cuadros cuyos asuntos son agradables, y ejecutados magistralmente; tales son: *El Sueño de Jacob*, *La Santísima Trinidad*, *El Apostolado*, etc., que existen en el Museo de Madrid. En Salamanca, en

el convento de Monte-Rey, tiene un cuadro bellísimo de la Concepcion, un San Agustin y un San Genaro; en Córdoba, en la sacristía del convento de San Agustin, habia un hermoso cuadro del nacimiento de Nuestro Señor, y otro del mismo asunto, representado por claro, está en el salon de obras escogidas en el Museo del Louvre, en París.

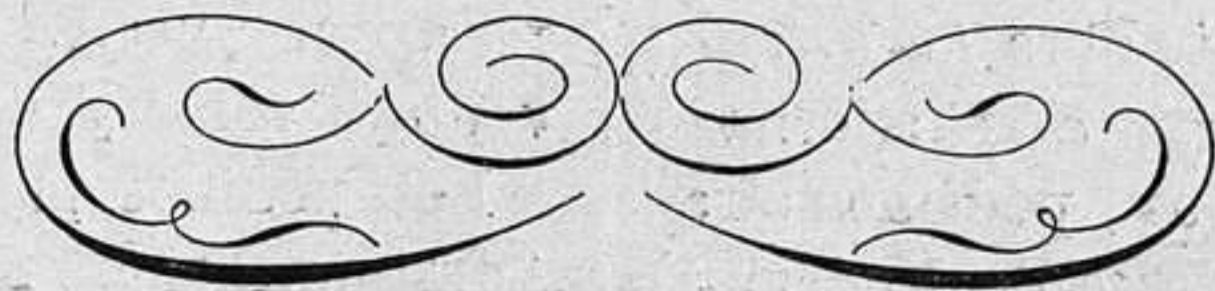
En el Escorial, en la sala de Capitulo, hay un San Juan, niño, riéndose, abrazado con el cordero, y tiene tal verdad, que admira á cuantos le ven, y lo mismo sucede con la cabeza del borracho, que pertenece á la coleccion del infante D. Sebastian. Hizo infinitas obras de pintura y grabados al agua fuerte, dejando una célebre escuela de principios del dibujo; pues tenia tal aficion al trabajo, que se le pasaban dias sin comer ni beber, teniendo que ser llamado repetidas veces por sus criados y familia á las horas de tomar su alimento; y sólo paseaba, siempre á caballo, por las mañanas muy temprano.

Tuvo una hija bellísima, la cual casó con un título de Nápoles.

Murió en Nápoles el año de 1656, á los sesenta y siete años de edad, siendo muy sentido de todos, y dejando inmortalizado su nombre de gran maestro de una de las mejores y más sólidas escuelas de la pintura.

17 de Julio de 1872.

MARIANO DE LA ROCA Y DELGADO.



LOS BORRIQUITOS



Ahí tienen Vds. una borriquita y un borriquito, hijo de la borriquita, que son un asombro de paciencia y mansedumbre. Esos niños, que viven temporalmente en el pueblo, han tomado por su cuenta á los borricos del tío Eusebio, y no pueden Vds. figurarse lo que mortifican á los animales, bien que otras veces les dan abrazos y hasta besos, lo cual tampoco está bien, porque á los animales ni se les ha de hacer daño ni se les ha de acariciar extremadamente, como pudiera hacerse con un hermanito.

Todo el dia están los niños jugando con los borricos, haciéndoles correr, tirándoles de la cola y de las orejas, como si los animales fueran insensibles, y todo lo sufren pacientemente, agradecidos á que alguna que otra vez les llevan los niños un poco de pan duro ó alguna fruta.

A NUESTROS SUSCRITORES

Habiendo adquirido cierto número de ejemplares de la excelente obra *La Religión en cuadros, catecismo en imágenes*, adornado de 60 láminas litografiadas, podemos ofrecerlos á nuestros suscritores de Madrid al ínfimo precio de CUATRO reales cada uno, encartonado, y á seis los de provincias.

El precio de esta obra es 10 rs.; de manera que nuestros suscritores obtienen una ventaja considerable.

Los pedidos pueden dirigirse á nuestra Administración, plaza de Matute, 2, y serán servidos á vuelta de correo.